

8º domingo Tiempo ordinario (B)

EVANGELIO

El novio está con ellos.

Lectura del santo evangelio según san Marcos 2, 18-22

En aquel tiempo, los discípulos de Juan y los fariseos estaban de ayuno. Vinieron unos y le preguntaron a Jesús:

- «Los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan. ¿Porqué los tuyos no?»

Jesús les contestó:

- «¿Es que pueden ayunar los amigos del novio, mientras el novio está con ellos? Mientras tienen al novio con ellos, no pueden ayunar.

Llegará un día en que se lleven al novio; aquel día sí que ayunarán.

Nadie le echa un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto, lo nuevo de lo viejo, y deja un roto peor.

Nadie echa vino nuevo en odres viejos; porque revientan los odres, y se pierden el vino y los odres; a vino nuevo, odres nuevos.»

Palabra de Dios.

HOMILIA

2017-2018 -

CUANDO MUERE LA ALEGRIA

(Ver homilía del ciclo B - 1984-1985)

José Antonio Pagola

HOMILIA

2008-2009 – RECUPERAR EL EVANGELIO

Título

José Antonio Pagola

HOMILIA

2005-2006 – POR LOS CAMINOS DE JESÚS

26 de febrero de 2006

Título

José Antonio Pagola

HOMILIA

2002-2003 – REACCIONAR

2 de marzo de 2003

¿ESTAMOS PROGRESANDO?

A vino nuevo, odres nuevos.

La idea de progreso, que tan familiar nos resulta a los hombres modernos, tiene un origen relativamente reciente. Sólo los avances de las ciencias y de la técnica han impuesto la convicción de que la humanidad ha ido mejorando sin cesar desde sus inicios y lo seguirá haciendo en el futuro.

Aunque nos parezca extraño, no siempre se ha pensado así. En la cultura griega no llegaron a sospechar siquiera las posibilidades del progreso de la humanidad, y predominó más bien la creencia en el «eterno retorno» de las cosas. En otras épocas, se miraba al pasado para hablar de una «edad de oro». En la modernidad, por el contrario, se vive «progresando» hacia el futuro.

En su estudio «*La idea de progreso*», John Bury afirma que, desde hace un siglo más o menos, «*el progreso se ha convertido en un artículo de fe para la humanidad*». Se da por supuesto que el ser humano seguirá progresando indefinidamente. El progreso es inexorable e irreversible. El hombre se va perfeccionando cada vez más. Cada sociedad es más perfecta que la anterior. Nosotros somos más inteligentes, más sabios y más felices que nuestros antepasados.

Pero, ¿es realmente así? La fe en el progreso ha caído hoy en una profunda crisis. El mito se va desmoronando. Los teóricos del progreso nos dicen que la creencia en el progreso indefinido es imposible de fundamentar científicamente. Pero, sobre todo, la experiencia nos sigue recordando un dato fundamental: el ser humano es capaz de lo mejor y de lo peor. Por eso, cuanto mayor sea su poder, mayor será su capacidad tanto para hacer el bien como el mal.

Ha llegado el momento de ser más lúcidos. De nada sirve presumir de «progres» o defender ideas supuestamente progresistas. No todo lo que se dice «progreso» hace progresar al hombre en humanidad. La fe en el progreso ha funcionado con frecuencia como un nuevo «opio del pueblo», y en nombre del progreso (como en el de la religión) se han legitimado muchas injusticias y miserias.

El cristiano no adopta una postura reaccionaria ante los avances de la humanidad. No es un «aguafiestas» de la historia humana. Cree en un Dios que quiere para la humanidad lo mejor. Por eso, precisamente, tampoco apoya un progreso que vaya contra el ser humano. Lo que busca es el bien integral de todos: el progreso material y espiritual, el avance científico y el crecimiento moral.

Progreso viene del verbo latino «*progredi*», que significa «*dar pasos hacia adelante*». Para el que ha entendido bien la fe cristiana, «*seguir*» a Jesús es la mejor manera de dar pasos acertados hacia el bien último de la humanidad.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1999-2000 – COMO ACERTAR
27 de febrero de 2000

ODRES NUEVOS

A vino nuevo, odres nuevos.

Los escritos de las primeras comunidades cristianas destacan con mucha fuerza la novedad que para ellos representa el mensaje y la actuación de Cristo. Con él se inicia una «*nueva alianza*» con Dios. Él introduce en el mundo el «*mandato nuevo del amor*». Es portador de un «*espíritu nuevo*» y una «*vida nueva*». Hace posible la esperanza de conocer un día un «*nuevo cielo*» y una «*tierra nueva*». Sólo él puede decir: «*Todo lo hago nuevo*» (Ap 21, 5).

Esta novedad exige nuevos conceptos y esquemas mentales, nuevos modos de actuación, nuevas formas y estructuras, que estén en sintonía con la vida y el espíritu nuevos que trae consigo Cristo: «*Nadie echa vino nuevo en odres viejos; porque revientan los odres y se*

pierde el vino y los odres; a vino nuevo, odres nuevos» (Mc 2, 22). No se debe mezclar lo nuevo con lo viejo en un intento equivocado de armonización. El nuevo espíritu lo ha de impregnar todo.

Cuando *Marción*, conquistado por el Dios del perdón y de la misericordia revelado en Jesucristo, rechazaba toda posibilidad de armonización con el Dios del Antiguo Testamento, estaba alertando a los cristianos de la fácil tentación de mezclarlo todo olvidando la novedad única de Cristo. *Marción* fue condenado como hereje el año 144, pero, como tantas veces sucede, su herejía nos recuerda una gran verdad: que hemos de asumir sin temor la novedad de Cristo.

Sin embargo, es fácil constatar que bastantes cristianos no tienen una imagen unitaria de Dios. Su idea de la Divinidad es más bien un «conglomerado religioso» donde se mezclan la ira y el amor, la justicia y el perdón, la venganza y la bondad, el tribunal de justicia y la gracia. Esta imagen poco clara, elaborada a partir de elementos heterogéneos, da origen muchas veces a formas religiosas que se alejan mucho de lo anunciado por Jesús.

En un estudio sugerente y también provocativo, titulado precisamente «*Vino nuevo-Odres viejos*» (Radius-Verlag, Stuttgart 1981), la teóloga y psicoterapeuta *Hanna Wolff* hace ver que esta «mezcla» de cosas en el cristianismo significa una regresión respecto a Jesús, impide desarrollar la fuerza salvadora de su anuncio de Dios y puede ser para no pocos «patógena». El mejor camino para purificar la fe es, sin duda, conocer a Jesús, seguir de cerca su actuación con los enfermos, leprosos y pecadores, y creer firmemente en su palabra: «*Quien me ha visto a mí, ha visto a mi Padre*» (Jn 14, 8).

José Antonio Pagola

HOMILIA

1996-1997 – DESPERTAR LA FE

LA RELIGIÓN DE JESÚS

Los discípulos de Juan ayunan... ¿por qué los tuyos no?

No es fácil hoy tener una idea clara de lo que fue la primera experiencia cristiana. Durante estos veinte siglos se han acumulado tantas cosas sobre el mensaje de Jesús que es necesario liberarlo de adherencias posteriores si se quiere rescatar la fe cristiana en su verdadera originalidad. Una de las primeras tareas es diferenciar bien la religión de Jesús de su contemporáneo Juan el Bautista.

Todo el mensaje del Bautista se concentra en el anuncio de un juicio terrible de Dios. Nadie puede librarse. Lo único que queda es hacer penitencia y volver al cumplimiento de la Ley

para huir de «*la ira de Dios*». El mismo Bautista en persona se convierte en símbolo de este mensaje. Juan se retira al desierto a hacer penitencia y promover un bautismo de purificación. No cura enfermos, no bendice a los niños, no acoge a los leprosos ni perdona a las prostitutas, no expulsa demonios. El Bautista entiende la religión, sobre todo, como la espera y preparación de un juicio severo de Dios. El ser humano ha de vivir de manera ascética y penitente teniendo como horizonte ese juicio divino.

El mensaje de Jesús, por el contrario, se centra no en el juicio de Dios cuya ira está a punto de estallar, sino en la venida ya cercana de un Dios que es salvación y perdón para todos, incluso para los pecadores y paganos. No oculta Jesús el riesgo de rechazar esa salvación, pero el que llega no es un Juez severo, sino un Padre que sólo busca el bien del ser humano. El mismo Jesús se convierte en símbolo de ese Dios. No vive ayunando como el Bautista, sino comiendo con pecadores. No se dedica a bautizar, sino a curar, acoger, perdonar, liberar del mal. La religión de Jesús no consiste en prepararse para un juicio divino, sino en acoger ya desde ahora a un Padre que quiere hacer nuestra vida más sana, más dichosa, más justa y liberada. Lo decisivo no es la ascésis, sino el amor fraterno que busca el bien de todos.

Por desgracia, son bastantes los cristianos que sólo han conocido «la religión del Bautista». Dios no ha sido para ellos liberación, fuerza sanadora, perdón incondicional, estímulo para vivir. Al relacionarse con él, sólo piensan en el Juez severo ante el que hay que defenderse. Para Jesús, sin embargo, lo importante ante Dios no es el ayuno y la ascesis, sino la confianza y el amor. Por eso, mientras los discípulos de Juan ayunan, Jesús habla de un «*vino nuevo*» que hay que descubrir junto a él.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1993-1994 – CREER ES OTRA COSA

PROGRESO

A vino nuevo, odres nuevos.

La idea de progreso, que tan familiar nos resulta a los hombres modernos, tiene un origen relativamente reciente. Solo los avances de las ciencias y de la técnica han impuesto la convicción de que la humanidad ha ido mejorando sin cesar desde sus inicios y lo seguirá haciendo en el futuro.

Aunque nos parezca extraño, no siempre se ha pensado así. En la cultura griega no llegaron a sospechar siquiera las posibilidades del progreso de la humanidad, y predominó más bien la creencia en el «eterno retorno» de las cosas. En otras épocas, se miraba al pasado para

hablar de una «edad de oro». En la modernidad, por el contrario, se vive «progresando» hacia el futuro.

En su estudio *«La idea de progreso»*, John Bury afirma que, desde hace un siglo más o menos, «el progreso se ha convertido en un artículo de fe para la humanidad». Se da por supuesto que el ser humano seguirá progresando indefinidamente. El progreso es inexorable e irreversible. El hombre se va perfeccionando cada vez más. Cada sociedad es más perfecta que la anterior. Nosotros somos más inteligentes, más sabios y más felices que nuestros antepasados.

Pero, ¿es realmente así? La fe en el progreso ha caído hoy en una profunda crisis. El mito se va desmoronando. Los teóricos del progreso nos dicen que la creencia en el progreso indefinido es imposible de fundamentar científicamente. Pero, sobre todo, la experiencia nos sigue recordando un dato fundamental: el ser humano es capaz de lo mejor y de lo peor. Por eso, cuanto mayor sea su poder, mayor será su capacidad tanto para hacer el bien como el mal.

Ha llegado el momento de ser más lúcidos. De nada sirve presumir de «progres» o defender ideas supuestamente progresistas. No todo lo que se dice «progreso» hace progresar al hombre en humanidad. La fe en el progreso ha funcionado con frecuencia como un nuevo «opio del pueblo» y en nombre del progreso (como en el de la religión) se han legitimado muchas injusticias y miserias.

El cristiano no adopta una postura reaccionaria ante los avances de la humanidad. No es un «aguafiestas» de la historia humana. Cree en un Dios que quiere para la humanidad lo mejor. Por eso, precisamente, tampoco apoya un progreso que vaya contra el ser humano. Lo que busca es el bien integral de todos: el progreso material y espiritual, el avance científico y el crecimiento moral.

Progreso viene del verbo latino *«progredi»*, que significa *«dar pasos hacia adelante»*. Para el que ha entendido bien la fe cristiana, *«seguir»* a Jesús es la mejor manera de dar pasos acertados hacia el bien último de la humanidad.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1990-1991 – DESPERTAR LA ESPERANZA

REDESCUBRIR EL AYUNO

A vino nuevo, odres nuevos.

Apenas se atreve hoy nadie a hablar de ayuno y austeridad. Son palabras viejas que evocan experiencias sombrías, propias de una época felizmente superada. ¿Cómo hablar de ayuno cuando Karlos Arguiñano y sus recetas de cocina son el “bestseller” del momento? ¿Cómo sugerir austeridad en una sociedad obsesionada por el confort y la comodidad?

Es normal que en “la sociedad de la abundancia” se haga caricatura del ayuno y se considere la penitencia como masoquismo enfermizo de quienes se empeñan en renunciar a todo lo que pone alegría en la vida.

Pero lo cierto es que “ el hombre del confort y de la abundancia” comienza a sentir la necesidad de una vida más saludable. Se come y se bebe en exceso. Y no es por necesidad, ni por demasiado apetito. Los motivos son casi siempre más profundos. Es la ansiedad, la tensión o el aburrimiento lo que conduce a no pocos a comer y beber de manera poco sobria y equilibrada.

Las consecuencias se dejan notar. La comida excesiva, el alcohol abundante, la vida sedentaria tienen sus repercusiones físicas: obesidad, hipertensión, alteraciones cardio-vasculares. Además, una vida dominada por el exceso en la mesa o el confort exagerado atrofia el crecimiento humano de la persona, aletarga su vida interior, reduce la creatividad, favorece la regresión.

El hombre occidental necesita redescubrir el ayuno y la renuncia como camino de maduración personal y de liberación. No se trata de caer en actuaciones enfermizas inspiradas en no sé qué extraño desprecio del cuerpo, sino de aprender a cuidar la propia vida de manera más sabia.

El ayuno y la austeridad pueden ayudar a no pocos a recuperar vigor interior, lucidez, dominio de sí, creatividad. Todas nuestras aspiraciones de libertad son una gran mentira si no somos capaces de ser dueños de nosotros mismos.

¿Por qué no vivir una experiencia diferente? ¿Por qué no introducir en nuestra conducta habitual algunos cambios que nos permitan percibir los efectos de una vida más sana? Las posibilidades son muchas: comer sólo lo necesario sin llegar nunca a saciarnos, evitar más el alcohol y los licores, comer con calma, sin devorarlo todo precipitadamente, no embotar nuestro espíritu con tantas horas de televisión...

Cuando este ejercicio de autodominio está inspirado por una actitud de fe, el ayuno adquiere una dimensión nueva. Al mismo tiempo que se libera de los excesos de una alimentación equivocada, el creyente despierta en su interior la necesidad de alimentar su espíritu. “Nadie echa vino nuevo en odres viejos”. Un estilo nuevo de vida transforma a la persona por fuera y por dentro. Introducir pequeños cambios en nuestra conducta exterior puede ayudarnos a renovar nuestra vida interior.

HOMILIA

1987-1988 – CONSTRUIR SOBRE LA ROCA

UNA LLAMADA EXTRAÑA

A vino nuevo odres nuevos.

La llamada a la conversión casi siempre nos disgusta y nos molesta. Nos resulta tan antipática que la misma palabra «conversión» ha ido desapareciendo de nuestro vocabulario como algo que es mejor olvidar.

Sin embargo, es difícil que una corriente nueva de vida y de gozo refresque nuestra existencia si no comenzamos por transformar nuestra vida. La conversión es casi siempre el punto de partida necesario para comenzar una vida más intensa, más honda y gozosa.

Según Jesús, es una equivocación poner un remiendo nuevo a un manto viejo o echar vino nuevo en odres viejos. Es un error poner pequeños remiendos a una existencia envejecida y deteriorada. Hemos de renovar nuestra vida de raíz.

Tal vez lo primero que hemos de recordar todos es que acertar a vivir no es tan sencillo como muchos pudieran pensar.

Para muchas personas eso que llamamos “vivir” es sencillamente seguir la corriente. Dejarse arrastrar por los acontecimientos, las experiencias y las sensaciones del momento. No se dan cuenta que eso mismo que las distrae, las divierte o las arrastra puede, al mismo tiempo, robarles el sentido mismo de su existencia.

Para otros “vivir» es ir sacando a la vida el mayor jugo posible. El ideal sería obtener siempre el máximo placer con el mínimo de sufrimiento. Cuando lo logran, se les ve eufóricos y optimistas. Cuando las cosas les van mal, caen en el hundimiento y la depresión.

Otros parecen estar vivos cuando en realidad están muertos. Imitan todos los gestos del amor pero no hay amor en su corazón. Imitan todos los gestos de la alegría pero no hay alegría en su interior. Parecen buscar algo nuevo cada día pero no hacen sino repetirse a sí mismos.

La tragedia está en que, casi sin darnos cuenta, podemos levantar una especie de muralla que nos impide ponernos en contacto con la verdadera vida que hay en nosotros.

De hecho, muchas personas se hallan instaladas hoy en un estilo de vida que necesariamente les impide llegar con un poco de hondura hasta el fondo de sí mismas.

Son personas que no tienen ya oídos para escuchar ningún otro rumor que no sea el que proviene de su mundo de intereses. No tienen ojos para nada que no sea su bienestar material, el placer inmediato o el prestigio social.

No pueden ni sospechar que se están perdiendo lo mejor de la vida que es la alegría interior, el sabor de la fraternidad, la paz y la esperanza que brotan del mismo Dios.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1984-1985 – BUENAS NOTICIAS

CUANDO MUERE LA ALEGRIA

Mientras tienen al novio...

Hay personas que viven una vida donde ha muerto la alegría, el gozo, el misterio. Para ellas, todo es gris y penoso. El fuego de la vida se ha apagado. Ya no aspiran a grandes cosas. Se contentan con no pensar demasiado, no esperar demasiado. Son incapaces de vivir de manera gozosa. Su vida transcurre de manera trivial y cansada.

¿De dónde proceden ese cansancio y esa tristeza? En primer lugar, de pequeñas causas: demasiado trabajo, inseguridad, miedo a la enfermedad, decepciones, deseos imposibles. La vida está llena de problemas, frustraciones, contrariedades que rompen nuestra seguridad y pequeña felicidad.

Pero, si tratamos de ahondar más en la verdadera raíz de esa tristeza que parece envolver y penetrar muchas existencias, descubriremos que en el interior de esas vidas hay soledad y vacío.

Cuando uno se siente vacío por dentro, necesita buscar por fuera algo que le ayude a vivir. Cuando uno no vive nada importante, necesita darse importancia y, si los demás no se la dan, se hunde en la frustración. Cuando uno no vive ninguna experiencia gozosa en su interior, necesita que alguien le excite desde fuera y, si no lo encuentra, queda triste y sin vida.

Hay en nuestra sociedad una tendencia a considerar como una ilusión «lo que brota del corazón». El mundo interior es sustituido por lo que está fuera, las cosas a nuestro alcance, los objetos que poseer.

Pero, cuando no se tiene vida interior, las cosas aburren, las conversaciones se convierten en charla insustancial, un torrente de palabras sin demasiado contenido. A la larga, todo se va haciendo más, gris y aburrido.

La alegría sólo se descubre cuando se vive la vida desde dentro. Cuando el ser humano sabe dejarse habitar por el misterio. Cuando se abre a toda llamada que le invita al amor, la generosidad y la confianza.

¿Qué fe hemos vivido los cristianos para que a muchos les parezca algo triste, aburrido y penoso? ¿Con qué hemos confundido la presencia gozosa de Dios en nuestras vidas? ¿Cómo hemos empobrecido la vida alentada por el espíritu del Resucitado?

Jesús nos recuerda una vez más con una imagen expresiva que la fe ha de vivirse como experiencia de gozo: Los amigos del novio «no pueden ayunar mientras tienen al novio con ellos».

José Antonio Pagola

HOMILIA

1981-1982 – APRENDER A VIVIR

NO PUEDE SEGUIR TODO IGUAL

A vino nuevo, odres nuevos.

El gran obstáculo que impidió a muchos acoger la llamada de Jesús fue el apego a los propios esquemas, el temor a perder seguridad, al aferrarse al propio sistema de vida.

Jesús fue claro. La conversión que él predicaba no consistía en introducir un pequeño «remiendo» en el sistema de vida judío. La novedad que él aportaba no podía encerrarse en «los odres viejos» del judaísmo.

Han pasado los años. Y el evangelio sigue encontrando en nosotros las mismas resistencias. Pretendemos vivir la fe cristiana «en la periferia» de nuestra existencia, como un «remiendo» añadido a nuestra vida.

Es la tragedia de nuestro cristianismo. Nuestra vida se configura según los criterios y los esquemas de una sociedad que no está inspirada por el evangelio. La conversión de corazones no se verifica. El evangelio no introduce un cambio, una diferencia respecto al estilo de vivir de quienes no creen.

Se diría que el cristianismo no tiene fuerza para transformar nuestra vida de raíz. Creemos en el amor, la conversión, el perdón, la solidaridad, el seguimiento a Jesús... Pero vivimos la propiedad, el éxito, el intercambio interesado, la competencia, el individualismo.

Sin embargo, Jesús presenta el evangelio como una «revolución.... Como un «vino nuevo» que exige «odres nuevos». Un espíritu nuevo que exige comportamientos, reacciones y estructuras nuevas.

Así presenta *J. B. Metz* esta conversión: «Es como una sacudida para el hombre, penetra profundamente en su orientación de vida y en su mundo establecido de deseos y necesidades. La conversión hiere y atraviesa los intereses orientados directamente a nosotros mismos y apunta a una revisión de la práctica de vida a la que estamos acostumbrados».

Se trata de vivir de manera distinta. Resistirnos a que todo siga igual. Ver nuestra vida de una manera nueva, desde los ojos de los pobres, los necesitados, los desheredados de nuestra sociedad. Empezar a entender de manera nueva nuestra existencia desde la solidaridad y el esfuerzo por humanizar este mundo.

No vivir simplemente a impulsos de los intereses ni movernos sólo por la atracción de los objetos. Dejarnos trabajar por *la gracia del evangelio*. Esa gracia que es capaz de introducir una ruptura nuestra vida, para no seguir viviendo como siempre.

Y no lo olvidemos. Un cristianismo hecho de componendas y arreglos con una vida superficial y egoísta, no es exigente, pero tampoco infunde alegría en los corazones.

José Antonio Pagola

Blog: <https://homiliaspagola.blogspot.com/>

Para ver videos de las Conferencias de José Antonio Pagola
<http://iglesiadesopelana3v.blogspot.com>